

EL MIDI DE LOS VIÑEDOS. DESDE CARLOMAGNO AL MERCADO COMUN

Masivamente convertidas al monocultivo de la vid durante el último siglo, las tierras comprendidas entre el Ródano y los Pirineos se estremecen todavía con gritos violentos, llamada de protesta o de revuelta. Pese a un estado de crisis permanente, los propietarios defienden ásperamente sus viñedos, ayer en lucha con la producción argelina, hoy directamente concurrenciados por los caldos de la C.E.E. y afectados por la baja del consumo de vino de mesa. Los observadores, apremiados, hablan de «superproducción endémica», pero análisis más profundos revelan el flagrante desfase que existe entre el tamaño liliputiense de la mayor parte de las estructuras de producción y la escala gulliveriana del comercio internacional.

En efecto, la historia del Midi vitícola no está entretejida con nombres prestigiosos de «castillos» sino que, por el contrario, ha sido un asunto de comunidades y pueblos, expresando los esfuerzos anónimos de unas gentes que la han forjado a través de los siglos. En las laderas y tierras de las garrigas, los roturadores han arrancado, área tras área, a la rocalla cubierta de matorral, las parcelas luego cubiertas de cepas. En los peores momentos de las prohibiciones vitícolas, proferidas por una monarquía centralizadora obsesionada por el trigo y no por el vino, solo pequeñas superficies del viñedo pudieron escapar a la vigilancia draconiana de los Intendentes. Después, bajo el Segundo Imperio, en la época del liberalismo triunfante, los pequeños explotadores intentaron la aventura del gran mercado.

Conjuntamente a este «cultivo del pobre», ciertas explotaciones han generado, a fines del XIX, verdaderas «fábricas de vino» en el área de expansión de las ciudades (Nîmes, Montpellier, Béziers, Narbonne, Perpignan...), en las llanuras y a lo largo de las regiones costeras. Pero el capitalismo no ha conseguido una penetración de envergadura: la compañía de las Salinas del Norte constituye el único caso de empresa industrial dedicada a la viti-vinicultura (R. Pech, 1975). A su lado, los «dominios» y «más» dan la impresión de explotaciones más paseístas que empresariales.

Hoy, los propietarios de viñas languedonianas y roselloneses se encuentran ante un formidable desafío: convertir sus viñedos de masa en un viñedo de calidad. La apuesta es de envergadura, puesto que se trata de preservar, además de una actividad económica secular, los elementos de una civilización no menos atávica. A orillas del Mediterráneo, el trabajo de la viña y la elaboración del vino se colocan, desde la época romana, bajo el amparo de la tradición; en cuanto a las estructuras territoriales, es preciso remontarse al periodo carolingio para poner en evidencia su carácter popular.

En los orígenes de una viña «cultivo del pobre»

En la transición entre los siglos VIII y IX, mientras que la guerra y la invasión sarracenas desestabilizaban el país, Carlomagno llamó a voluntarios ultrapirenaicos, los **Hispani**, para defender las regiones mediterráneas fronterizas. A fin de fijarlos y de acelerar la repoblación, les concedió tierras en forma de **aprisio**, es decir, al cabo de treinta años de ocupación ininterrumpida seguida de la puesta en cultivo, el titular disponía de una explotación libre de cargas especiales y transmisible. Así pues, el derecho escrito y las tradiciones romanas presidieron la reconstitución de las estructuras territoriales en esta marca fronteriza: explotadores de origen modestos, emigrantes y **pagenses** (gentes de los condados) fortalecieron allí su espíritu de independencia.

Diversos estatutos de la tierra iban a mantener este espíritu en las generaciones sucesivas, feroces centinelas de su autonomía. Así, para habilitar verdaderas clientelas en una región encrucijada, muy deseada, señores y soberanos crearon alodios y aligeraron las cargas. Cuando, en los siglos XIV y XV, el retorno de la escasez y de las epidemias provocaron una vez más el abandono del país, los señores renunciaron a los «malos usos» que pesaban sobre las explotaciones o concedieron establecimientos a título casi gratuito. Finalmente, en el siglo XVIII, la política real concedió «marcas de protección» a las tierras puestas de nuevo en cultivo: la exención, durante quince años, del diezmo, de la talla, etc...

Pero un mal entendido se instala entre el gobierno y los cultivadores. El primero intenta reequilibrar la relación población-subsistencias, alterada por el crecimiento demográfico; los segundos saben que «no se bebe la vendimia como se come la cosecha» y atisban los beneficios que podrían conseguir si plantaran vides y vendiesen el vino. Tanto más, cuanto que la creación del puerto de Sète y el acondicionamiento del canal del Midi fueran para la viticultura formidables trampolines en lo relativo a la circulación y a la exportación. ¡Una razón más para plantar viñas donde el gobierno esperaba se sembrase trigo!

Pero el estado reacciona con rapidez. En aquella época, el pan constituía el alimento de base de todo el reino y el barómetro del orden social. En 1731, Luis XV promulgó un edicto prohibiendo nuevas plantaciones de viñas, pero muchos explotadores lo ignoraron. Veinte años más tarde, el intendente hizo enumerar los viñedos que estaban en contravención y ordenó que fuesen arrancados. Pero los cultivadores persistían: «la viña avanza sobre las tierras incultas, pero también sobre los campos de trigo y esto último, por supuesto, clandestinamente», deploraba en 1781 el intendente rosellonés.

EL MIDI DE LOS VIÑEDOS. DESDE CARLOMAGNO AL MERCADO COMUN.

La monarquía velaba sobre las cosechas de cereales. Los productores de vino, ansiosos de rentabilidad económica, reclaman la libertad de cultivos y de comercio, pues, hasta para el propietario de un pequeño viñedo, la venta del excedente de su producción representaba a menudo la única fuente de dinero líquido. Mientras que, bajo el impulso de Turgot, la libre circulación de los vinos se organiza en el marco de un mercado nacional timorato, se lleva a cabo una política comercial desfavorable a España en perjuicio de las provincias meridionales, que exportaban a dicho país. Las consecuencias fueron desastrosas: los precios del vino se hundieron y el estrangulamiento de los mercados genera la constitución de **stocks**. Dominado por la necesidad de «vaciar sus toneles», el propietario se ve obligado a vender a precios bajos o a fabricar aguardiente.

Pese a todo, los campesinos desafían las prohibiciones y la viña crece en las mejores tierras, a lo largo de las vías de comunicación, en el valle del Hérault y en la vecindad de Sète. Posteriormente, la asamblea constituyente reconoció y garantizó un derecho de propiedad y una libertad económica aptas para colmar las aspiraciones de los productores meridionales. Languedorianos y roselloneses entran con pie firme en el proyecto nacional.

La epopeya popular de los siglos XIX y XX

Los efectos de la legislación revolucionaria no fueron inmediatos: la permanencia del espectro de la escasez explica por sí solo la recuperación del cultivo cerealero bajo la Restauración. En 1832, Luis Felipe ordena: «A partir de esta publicación no se llevará a cabo ninguna nueva plantación de viñas sin una autorización expresa de su Majestad, bajo pena de una multa de tres mil libras». Decisión impopular y sin duda inútil: en 1842-1843, la acumulación de **stocks** amenaza a los viticultores, que distribuyen su vino a los pobres, a los soldados y a los viajeros; en Béziers, vacían sus toneles en las calles. En 1847, incansables defensores del liberalismo económico, los productores reclaman el librecambio por medio de las sociedades de agricultura.

Progresivamente, al ritmo de la legislación comercial, de la apertura de los mercados y de la construcción del ferrocarril, la situación económica, hasta entonces poco favorable a la viticultura, se desbloquea. A partir de 1860, los tratados comerciales firmados con el conjunto de países europeos precipitarán el despegue vitícola. Los beneficios del clima y del suelo aseguran en adelante el reinado de la viña meridional en una Europa y una Francia esencialmente cerealeras, la concurrencia de los trigos rusos sería fatal para los trigos meridionales, pero

los vinos languedorianos y roselloneses son preferidos a los avinagrados del Norte. La renta de situación juega a favor del Sur.

En el transcurso de reconversiones de cultivo frenéticas, la viña sube por los flancos de las colinas del Rosellón, profundiza hasta el corazón de las llanuras del Languedoc y toma por asalto toda clase de terrenos: áreas costeras guijarrosas, colinas labradas en las margas, bajos fondos, terrazas marinas y marismas desecadas. Los olivos y los árboles frutales se batieron en retirada ante el viñedo conquistador que, entre 1840 y 1874 pasa de 275.000 a 463.000 Has. Su expansión es «la obra del tiempo que marcha», estiman los pequeños explotadores, prontos a dedicarse al monocultivo.

La silueta del viticultor ha sido dibujada hace tiempo. Suele poseer una pequeña parcela sembrada de trigo en un rincón de la llanura o del secano, una viña en las colinas y una casa en el corazón de un pueblo o de un burgo. En cuanto al **payre** —doméstico casado a quien el propietario cedía un trozo de tierra y una habitación modesta, corriendo a cargo de la esposa procurar la alimentación del personal—, su condición económica era bastante próxima a la del propietario. Hasta los jornaleros y aparceros no desesperaban de acceder un día, gracias al ahorro, a la propiedad de una parcela de tierra, aunque fuera poco más grande que un pañuelo. Era el momento de la facilidad: un sin número de pequeñas empresas se expanden como las flores en primavera.

A excepción de ciertas reconversiones técnicas espectaculares, verificadas por los más ricos, la mayor parte de los cultivadores continuaban haciendo los trabajos a mano. El arado utilizado bajo el Segundo Imperio se asemeja a la descripción que de él hace Virgilio. La mano de obra sigue siendo familiar y los vasos para almacenar el vino se reducen a unos pocos toneles. Como el arado de vertedera, las prensas no son accesibles a los presupuestos pequeños y las bodegas modernizadas constituyen la exclusiva de algunos grandes dominios.

La proliferación de la pequeña producción mercantilizada acentúa la vertiente empírica del mercado de vinos. Los intermediarios se multiplican: millones de corredores «**petits manteaux bleus du commerce**» surcan los campos y los burgos. A sueldo de los negociantes, acantonados en sus despachos, visitan incansablemente las bodegas, se llevan muestras e inician conversaciones, pero la decisión corresponde a los primeros, detentadores del poder económico regional. Cada ciudad tiene su mercado vinícola semanal, el más célebre de los cuales tenía lugar los viernes, en la avenida Paul Riquet de Béziers.

Embarcados en la misma aventura, el Languedoc y el Rosellón continuarán también imprimiendo el «sello de origen» a

sus productos. La uva moscatel de Lunel y Frontignan reivindicaba un origen antiguo, pero, cuando la exposición universal de 1855, el Rives altes consiguió el premio de honor. Como decían los conocedores, su licor dulce y perfumado no podía suplantar el calor del Maury y su tono rubí, ni el rico y armonioso sabor del Banyuls. Al final de la guerra, los vinos de caldera se convierten en alcohol o en aguardiente. Hacia 1865, 275 destiladores recorren el Hérault con sus alambiques.

En los campos, el dinero surge por doquier en los surcos de la viña. Una mentalidad de comerciante en vinos se reparte en los pueblos, donde la fiebre de construcción hace surgir nuevas mansiones dotadas de pesadas fachadas o alojamientos más modernos pero coquetos. Cultivo único, la viña reina como señora poderosa, pero pródiga en temibles caprichos. Mientras se trata de contrariedades meteorológicas, los viñadores son pacientes: inundaciones, sequías y heladas adoptan raramente la dimensión de calamidades regionales. Impotentes para dirigir el cielo, los hombres se encarnizan en cambio, contra los insectos parásitos, ávidos de las cepas, las hojas o los racimos. A mediados del siglo XIX, el *oidium* abre el cortejo de las enfermedades criptogámicas; la plaga será conjurada a golpes de azufre y de tratamientos químicos cada vez más sofisticados. Pero en 1863, cuando la filoxera se manifiesta en el Gard, la desesperación se apodera de todos: ningún arma se revela plenamente eficaz contra este gusano alado que arrasa todo a su paso. El descubrimiento de Emile Planchon, profesor de la Escuela Nacional de agricultura de Montpellier pone fin a la hecatombe: la práctica del injerto de cepas francesas sobre plantas americanas asegura la inmunidad contra el insecto salvaguardando el gusto de los caldos locales.

Pero es preciso «pagar la viña una segunda vez»: arrancar las cepas muertas, plantar las raíces americanas y proceder a los injertos. Los que carecen de medios financieros o del valor necesario para reconstituir sus viñedos toman el camino de la ciudad más próxima o de Argelia. Los más audaces se lanzan a la puesta en cultivo de los terrenos sumergibles situados en un litoral hasta entonces ocupado por estanques, marismas y charcas, productoras de fiebres y miasmas, donde solo se arriesgaban algunos pastores y sus rebaños de ovinos.

La serie negra vitícola.

Descendiendo hacia las arenas, los plantadores de viñas llevan al paroxismo «la carrera de los rendimientos» por medio del *aramon*, nueva cepa de productividad espectacular. La euforia gana a los «industriales de la viña», provistos de capitales y de potentes máquinas, que se preparan a transformar

el litoral en verdaderas «fábricas de vino». El espectáculo de las primeras vendimias arrojadas a la cadena de lagares, prensas, cubas y enormes toneles impresionaba a los espectadores. La concurrencia con estas bodegas perfeccionadas, sin embargo, dará un golpe fatal a la vinificación familiar.

En las pequeñas explotaciones, la insuficiencia de los vasos de almacenamiento impedía los *stocks*: una venta fracasada bastaba para estrangular la tesorería de los hogares modestos, obligados a desembarazarse del vino viejo para hacer sitio al nuevo. Para aquéllos que habían apostado todo por la viña, el equilibrio económico se revela precario.

Entre 1890 y 1900 el mercado se satura. A las olas de vino procedentes de los viñedos reconstituidos se añaden las imitaciones del *gros rouge*, fabricadas a la desesperada durante la penuria filoxérica por los negociantes a partir del vino obtenido en Argelia. Su llegada va a contribuir a incrementar la excesiva producción de una bebida cuyo consumo tiende a estabilizarse. Finalmente, los vinos extranjeros consiguen conquistar unos mercados hasta entonces reservados a los caldos franceses.

Los precios se hunden: durante la campaña 1906-1907, caen por debajo del umbral de la miseria; a seis francos el hectólitro, los *stocks* no encuentran comprador. Ciertos viticultores declaran no poder pagar sus impuestos, y los *bergougnous* o mendigos, desaparecidos desde el crepúsculo medieval, reaparecen pidiendo limosna con la cara oculta bajo un manto. Marcellin Albert lanza la llamada a la revuelta, sostenido por un periódico, *Le Tocsin*, y por un Comité de Salvación Pública para la defensa de la viticultura. Los manifestantes acuden por centenares de miles a Narbonne, Béziers, Perpignan, Carcassonne, Nîmes y Montpellier; es el «Movimiento de los Mendigos», que lanza en un mismo combate de supervivencia al conjunto de la sociedad vitícola regional. Las masas rebeldes amenazan con la secesión y centenares de municipalidades dimiten. La revuelta tiene sus jefes, sus héroes anónimos, sus motivos y también sus víctimas: los muertos de Narbonne; Marcelin Albert, comprometido por Clemenceau, y Ferroul, Alcalde socialista de Narbonne, encarcelado en el transcurso de los acontecimientos. A costa de intimidaciones, de compromisos y de promesas, la República se impone de nuevo al Midi calmado.

Los «médicos de la viña» se ponen al trabajo. La principal medida del Código del vino consiste en poner coto al fraude: un servicio nacional de represión de este último, puesto en marcha, revela inmediatamente su eficacia. Su acción será reforzada por los esfuerzos paralelos de la confederación general de viticultores (C.G.V.), organizada en los departamentos

EL MIDI DE LOS VIÑEDOS. DESDE CARLOMAGNO AL MERCADO COMUN.

122

languedorianos y roselloneses. Sus miembros vuelven a tener confianza, pues los explotadores capitalistas comprenden que la cita entre el capital y la viña ha fracasado y renuncian a proseguir la aventura viti-vinícola. No se dará una concentración de la tierra, en las manos de algunos grandes propietarios ni tendrá lugar una verdadera lucha de clases entre los asalariados y sus empleadores.

El pueblo viticultor, cooperativo y mutualista.

A comienzos del siglo XX, entre un liberalismo popular difícil y un capitalismo viti-vinícola imposible, algunos explotadores consiguen injertar en la vía del individualismo campesino el movimiento cooperativo, poniendo así los jalones de una de las organizaciones mutualistas más completas de todos los tiempos.

Producto novedoso de la organización colectiva de los campos, el impulso mutualista sale espontáneamente de la base de los viticultores. Aunque se interprete como el resultado de una ideología más proudhoniana que marxista y más corporativa que progresista, no deja de representar la asunción por los propios interesados de su autodefensa. En un formidable sobresalto, presionados por la miseria, encuentran a la vez los medios para imponerse frente a las exigencias del mercado y para neutralizar las ventajas conseguidas por los grandes propietarios de bodegas modernizadas en materia de vinificación y comercialización.

El derecho sindical, reconocido a los franceses en 1884, proporciona el entramado jurídico a los múltiples sindicatos agrícolas, bodegas cooperativas, seguros mutuos y cajas de crédito agrícolas que se instalan progresivamente en el conjunto de las comunas a partir de 1900. Las primeras asociaciones son de los sindicatos, del tipo central de compra, que difunden la voluntad de lucha contra los excesivos márgenes de beneficio del comercio privado suprimiendo los intermediarios, publican regularmente boletines de información y se lanzan en algunos casos a la venta del vino de sus adherentes. Las primeras bodegas cooperativas, llamadas a veces comunitarias e incluso comunales, aparecen en 1901 en Mudaison y en Marausan, poniéndose lentamente en marcha de forma clásica: recogida colectiva de la uva para su vinificación y venta en nombre de la colectividad responsable de la operación, procediéndose finalmente al reparto de beneficios.

Al principio, los lazos entre los cooperadores y el partido socialista eran estrechos en estas comunas, pero muy pronto numerosos establecimientos rehusaron mezclar sus ideas con sus negocios y el carácter político se difuminó. Para crear una

cooperativa bastaba con que algunos viticultores se agrupasen y, reunidos en una asamblea general, eligiesen unas directivas provisionales y contribuyesen con fondos para la construcción de la bodega, casi siempre con ayuda de la administración civil y, muy pronto, de subvenciones estatales.

Estas nuevas bodegas acaban imponiéndose en el mercado. En contrapartida, los pequeños propietarios-comerciantes renuncian a «hacer su vino» y a las actividades mercantiles. Así, se convierten en viticultores a **full time** que trabajan en la viña y producen uva, pero que siguen siendo dueños de su tierra y responsables de las operaciones de vinificación y venta por intermedio de las asambleas generales y los consejos de administración. La competitividad técnica de las instalaciones cooperativas es incontestable: lagares de cilindro, bombas móviles y prensas metálicas entran en la panoplia de las bodegas.

Estas empresas poco banales reúnen las vendimias cosechadas por los explotadores, generalmente propietarios de sus tierras, y se encargan de la fabricación y la venta de un producto convertido en colectivo: en consecuencia, obtienen del mercado una mejor regulación de las cotizaciones. Al final de las operaciones técnicas y comerciales adaptadas al feroz mercado vinícola, los beneficios son repartidos proporcionalmente a la cantidad de uva aportada. Atento al éxito corporativo, el Estado, para ejercer su control sobre una organización que contribuía a mantener el orden socio-económico en el Midi, subvenciona las construcciones. En los pueblos y en los burgos, la «coope» adopta el aspecto de un edificio nuevo, situado en un lugar bajo, propicio al mantenimiento de temperaturas frescas en el interior. Cada año, la asamblea se reúne para elegir al consejo de administración que nombra a los directivos.

Una estructura democrática idéntica se encuentra en el seno de las mutuas, sociedades de seguros oficializadas en 1900, y en las cajas locales de crédito agrícola, que hacen de sus clientes serios de pleno derecho. Las comunidades languedorianas y rosellonesas, pues, presentan un amplio despliegue de las instituciones sindicales, cooperativas y mutualistas. La segunda serie de las crisis de **mévente** (venta a bajo precio) aceleró la intensificación de esta red de solidaridades económicas y sociales.

Violencias y resistencias

En lo más profundo de las turbulencias suscitadas por la gran crisis de 1929, los problemas del mercado se plantean de nuevo, y con agudeza en la viticultura. Los navíos-cisternas desembarcan millones de litros de vino procedentes de Argelia. Los **stocks** se acumulan y los precios se hunden en las mismas

proporciones que en 1907.

El estatuto de la viticultura, perfeccionado en 1931, ayuda a suavizar una situación en trance de convertirse en insostenible. Una serie de leyes establecen un reglamento preventivo, destinado a limitar el excedente crónico: envío de vinos a las calderas para reabsorber la plétora, prohibición de plantar nuevas viñas, establecimiento de un impuesto sobre las grandes cosechas, obligación de almacenar en la propiedad una parte de los caldos excedentarios y arranque obligatorio de las viñas superproductivas, seguido de una prima al descepado. Se trata de un conjunto de medidas que no son otra cosa sino parches y que van a permitir la conservación de una viticultura enferma bajo el estricto control del estado. Los romanos habían inventado el derecho de plantación: la III República le añade la obligación de declarar las cosechas.

En los años 1930, los viticultores del Midi intentan sobrevivir bajo la doble protección del Estado —a la vez juez y parte, responsable y protector— y de la organización cooperativa y mutualista que se refuerza en estos momentos; numerosos elementos retardatorios, o recalcitrantes solicitan su integración en las instituciones de sus comunidades respectivas.

Hoy, la «guerra de cien años del vino» se prosigue, solo los adversarios han cambiado: fraudes a comienzos de siglo, vino argelino hasta 1971 e italiano en el contexto de la C.E.E., que se amplía ahora con la entrada de España y Portugal. Y las mismas causas producen los mismos efectos: saturación comercial, baja de precios y de ingresos, descontento social y manifestaciones tumultuosas.

Los acontecimientos de 1953 inauguran el ciclo contrario de la segunda mitad del siglo XX: la penuria de vino debida a la guerra es reabsorbida y los caldos de Argelia entran en grandes cantidades. Todo ello, unido a la inflación, atiza la cólera popular que explota en forma de barricadas en las carreteras y de enfrentamientos con la policía. De nuevo se crea un Comité de Salvación vitícola y se reconduce el estatuto de la viticultura hasta 1970. En esta fecha, la apertura del Mercado Común procuró un desplazamiento de adversario: las importaciones de vinos italianos en Francia llegan a superar los cinco millones de hectólitros y los comités de acción vitícola se multiplican.

Después de algunas vanas tentativas propagandísticas dirigidas a los turistas —distribuciones gratuitas de vino y degustaciones—, la violencia reaparece en 1975. Comandos de viticultores invaden los puertos y las carreteras de la región, a las que el Comité regional vitícola ha decidido controlar para impedir el paso de los cargamentos extranjeros. Decenas de miles de viticultores se manifiestan y la catedral de Montpellier

les sirve de refugio, mientras que las barricadas paralizan el tráfico en carreteras y ferrocarriles. Alrededor de Sète se declara el estado de bloques. Después vendrán las jornadas de «ciudades muertas» y el saqueo de edificios públicos. Pronto, la violencia física responde a la violencia económica y, en 1976, los dos muertos de Montredon enfrían los ánimos.

A partir de entonces han seguido produciéndose episodios aislados: vaciado de algunos cargamentos de vino italiano, cierre de carreteras y dinamitado de supermercados que vendían caldos de dicha procedencia. En Bruselas o Dublín, los legisladores se pronuncian hoy a favor del desenaje de las cepas, en la misma línea del estatuto de 1935. Pero lo que inquieta a los viticultores es la falta de armonización europea en materia de catastro vitícola, enología, fiscalidad, cargas fiscales y salarios. Estamos de nuevo ante un diálogo de sordos entre el gobierno y los viticultores del Midi. Para éstos, el porvenir no permite ninguna posibilidad de reconversión sobre el terreno, pues Europa rebosa de frutas y verduras tanto como de vinos. Pero los viticultores meridionales, que parecen navegar sin brújula, no renuncian a su objetivo: perpetuar en sus tierras la civilización de la viña y del vino a la que están ligados con todas sus fibras.

Aunque son menos numerosos que en el pasado, defienden con mayor pasión la herencia cultural de sus tierras. Herencia inscrita en el paisaje de cepas nudosas y de racimos llenos y generosos. El ritmo vegetativo de la viña parece haber fijado el ciclo del trabajo: Aunque los tractores y máquinas de vendimiar reemplacen a los viejos arados, el sulfato y el secado, la poda, las labores, los tratamientos químicos y las vendimias se suceden inexorablemente a lo largo de las estaciones. En las tardes de verano o los días de lluvia, espacios de tiempo inactivos en la actividad vitícola, plazas y pueblos se animan, como en los tiempos de Homero y Cicerón, con discursos y relatos interminables. Las relaciones del *petit verre* y las degustaciones de los vinos viejos puntúan los momentos de intensa sociabilidad, dentro de casas todavía impregnadas por la arquitectura de la vid: puertas redondeadas para dejar pasar fácilmente las carretas cargadas de racimos, bodega protegida por la frescura del sótano, etc.

Depositarios de tantas tradiciones, los viticultores del Midi quieren hacer olvidar la imagen mediocre atribuida a sus productos, distribuidos en todas partes por un comercio poco exigente, interesado en utilizar estos *petits vins* en sus sabios *coupages*. Nuevas denominaciones de origen controladas testimonian en el presente un siempre posible sacrificio de la cantidad a la calidad vitícola.

**EL MIDI DE LOS VIÑEDOS.
DESDE CARLOMAGNO AL MERCADO COMUN.**

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- R. DUGRAND. **Villes et campagnes en Bas-Languedoc** París, PVF, 1963.
- Federation historique du Languedoc méditerranéen et du Languedoc. **La civilisation de la vigne**. Montpellier, 1985.
- G. GALTIER. **Les vignobles du Languedoc méditerranéen et du Roussillon**. Montpellier, 1959.
- G. GAVIGNAUD. **Propriétaires viticulteurs en Roussillon, XVIIIème-XXème siècles**. Paris, Publications de la Sorbonne, 1983; 2 T.
- R. LAURENT. «Les quatre âges du vignoble du Bas-Languedoc et du Roussillon» **Economie et Société**. Centre d'histoire contemporaine. Université de Montpellier III, 1978; contribution au **Languedoc de 1900 a nos jours**, sous la direction de G. Cholvy Toulouse, Privat, 1980.
- R. PECH. **Entreprise viticole et capitalisme en Languedoc-Roussillon**. Toulouse, 1975.